

La máquina silba, el tren se pone en movimiento, el corazón me da una tremenda sacudida, en la ventana se distingue otra persona. ¿Quién podrá ser? Veo dos brazos que se agitan... ¡Dios mío! ¿He oído un grito?

La casa ha desaparecido.

—¡Adiós, ángel de mi vida! ¡Adiós, madre santa y adorada! Permita el cielo que vuelva á verte, ó si he de morir, que sea tan noble mi muerte, que el orgullo de llamarte madre mía, te consuele del dolor de haberme perdido.

—¡Ahora á vivir!—dije volviéndome decididamente á mi vecino, dándole una palmada en la rodilla.

Mi vecino, sumido hasta entonces en profunda melancolía, á consecuencia de haberse dejado el corazón en Turín, desechó repentinamente sus imaginaciones, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Viva la guerra!

Los demás:

—¡Fuego á los cigarros!

Y al cabo de un instante, llenaban los ámbitos del vagón el humo, el ruido y el buen humor.

EN CAMPAÑA

Al llegar á este punto, encuentro en el libro una larga serie de cartas de Alberto, y junto á cada una de ellas, unida al pliego correspondiente, la contestación dada á las mismas por su madre. Del examen de la letra de éstas podría deducirse la marcha de los acontecimientos, pues el temblor de su pulso, transmitiéndose á los caracteres, constituye el indicio más seguro de cómo iban las cosas de la guerra. Con muy corta diferencia, las cartas referidas, como es natural, dicen siempre lo mismo: en cambio en las del hijo hay algo de provecho, y este algo lo utilizaré, por lo mismo que

constituye una crónica de la guerra, que, siquiera incompleta y desligada, permite formar concepto exacto y terminante de las alternativas, ó mejor aún, de las impresiones varias que produjeron en el ánimo de mi amigo, algunas de las alternativas y vicisitudes de la guerra.

Excuso decir al lector que copio al pie de la letra.

«Plasencia, 8 de Mayo.

»...Plasencia parece un cuartel: hay más soldados que vecinos, y más cruces y más medallas que soldados; no puede darse un paso sin que uno se encuentre, de manos á boca, con quien lleva el pecho materialmente cubierto de ellas; á la vuelta de cada esquina se topa uno con un general; los coroneles abundan tanto que ni siquiera llaman la atención. ¡Cómo advierto mi pequeñez en medio de todos estos galones! Las grandes reuniones militares llevan consigo el inconveniente de que no hay quien se fije en nosotros los tenientezuelos; cosa, por otra parte, que se explica perfectamente, pues delante de tanta grandeza nada significamos. Comprenderás que me estoy bromeando: tengo mis soldados, tengo mis amigos, te tengo á tí, tengo la sangre llena de fuego, el corazón lleno de Italia, el alma ocupada por lo porvenir, y estoy contento, y nada deseo, y á nadie envidia.—Estamos alojados en un convento y dormimos sobre paja.—Es una fatiga inmensa la que resulta de tenérselas que haber con estos reclutas que no saben vestirse, ni comer, ni andar. Se han hecho las cosas demasiado aprisa. Si estallara mañana la guerra de seguro habíamos de vernos por demás comprometidos: la mitad del regimiento no sabe aún cargar las armas: hay necesidad imprescindible de los soldados provinciales y se esperan de un momento á otro.—En todo el cuartel no ha podido habilitarse un mal aposento para el oficial de guardia.—La noche última la he pasado en las oficinas de la Mayoría, sirviéndome de lecho los libros y registros del regimiento...»

En la contestación de la madre encuentro las palabras siguientes:

«Cuidado con echar á perder los registros, que pueden ser muy necesarios. ¿Has pensado siquiera en ponerte algo debajo de la cabeza? Herminia está algo enferma á consecuencia de la pena que le causó tu partida. Hace algunos días, sacudiendo tu ropa, vi que estaba llorando: se lo dije; negó; pero la verdad es que lloraba: no sabes todo lo que vale su corazón de ángel.»

La carta termina con estas palabras:

«¿Dónde están los austriacos?»

En otra carta se lee esta pregunta:

«Me han dicho, mi querido Alberto, que los batallones austriacos cuentan con más fuerza que los vuestros. ¿Cómo os las compondréis? ¿Qué pensáis hacer?»

Á cuyas preguntas contesta el hijo:

«Emplearemos dos de los nuestros contra uno de los suyos.»

Esas cartas, lo mismo que las siguientes, contienen afectuosos recuerdos del anciano, y de la señora napolitana, que espera «grandes descripciones de grandes acontecimientos,» y en las más de ellas se leen *postdatas* en las cuales pregunta la madre:

«¿Cómo sigue el asistente?»

Por la lectura del libro vengo en conocimiento de que el censor bondadoso, el coronel, formaba parte del cuartel general del ejército, y que, no obstante su «soberbia altanería,» velaba amorosamente por el oscuro sobrino, por medio de cartas y de informaciones indirectas; de lo cual el sobrino no tenía la menor noticia. El «censor» disimulaba al protector, para no desautorizar al coronel, por lo cual le alabo.

Hacía cuatro días que el regimiento de Alberto se hallaba acampado cerca de San Jorge, á pocas millas de Plasencia,

suceso que había participado aquél á su madre el día de la partida, diciéndole «que iba á dormir bajo la tienda.»

—¡Cuatro días hace que no escribe! ¡Pobre Alberto! Duerme sobre el duro suelo; ¡pobre hijo mío! ¿Sufrirá? ¿Estará enfermo? ¡Oh, Dios mío! Inmediatamente un telegrama al coronel.

Y puso el telegrama.

«Deme usted noticias de Alberto. Se lo suplico. No recibo cartas. Tiemblo por su salud.»

El coronel contestó inmediatamente:

«Está bueno; ¡pero es tan delicado!»

Mi madre comprendió la ironía, y se incomodó un poco, y tomando la pluma escribió:

«Mi querido amigo: No digo que Alberto sea delicado; pero creo poder...»

Y no siguió adelante.

La división Cugia ha partido para Cremona, desde donde pasará á Goito.

En una carta de la madre se lee lo siguiente:

«...Dirás que soy una tonta; que hablo de lo que no entiendo; pero ¡qué le hemos de hacer! así me ha hecho Dios, y no he de ocultarte que no comprendo la necesidad de pasar tan pronto el Mincio. Si fuese que el general La Mármora aguardaría aún, no se sabe lo que puede sobrevenir. De todos modos, haría que se adelantaran las tropas del general Cialdini, que pueden contar á todo evento con el auxilio de la escuadra...»

«¿Podrían refugiarse fácilmente en ella?»—pregunta Alberto en su contestación, repitiendo la frase. Y la madre la rechaza, diciendo: «No es esta ocasión de bromear.»

La división Cugia se halla sobre el Mincio.

La carta de la madre está escrita aprisa y corriendo: llena de puntos suspensivos, de admiraciones, de palabras que se juntan las unas á las otras y de líneas que se confunden.

«...Por caridad, hijo mío: cumple con tu deber; soy yo quien te lo digo; pero nada más que tu deber... Los ejércitos han menester oficiales, y si los oficiales se exponen más de lo conveniente ¿qué ha de resultar? Pues lo que resultará es que los soldados quedarán sin dirección y sin disciplina, y en tal caso... ¿qué será del ejército? Por caridad te lo pido, piensa un poco en el ejército... (Amor maternal ¡cuán sutilmente discurre!) y piensa también en mí; cumple con tu deber, sí, pero piensa...»

Siguen algunas palabras que no se entienden, y después:

«...Tu vida es mi vida. ¡Qué días, hijo mío! ¡Qué momentos más terribles! No te doy cuenta de lo que pasa en casa, para no entristecerte: ruego por tí...»

Lo que sigue no se entiende. Hay una *postdata* que comienza:— «¡Oh, Alberto!»— pero no dice más. Distingo ciertas curvas trazadas por la mano del hijo, que á primera vista semejan islas, y me inclino á creer que contorneo con la pluma las huellas que dejaron sobre el papel las lágrimas de la madre, de lo cual resultaron aquellos dibujos.

Encuentro una página titulada:— «Lo que aconteció el día 28 de Junio»— en la cual se lee:

«Mi madre se hallaba sentada delante de la mesa del comedor, teniendo enfrente un bravo muchacho, el hijo de la señora napolitana, y al lado mi anciano abuelo. Encima de la mesa veíase extendido y abierto un plano topográfico.

—Es preciso que se convenza usted, señora,—decía afectuosamente el joven,— que la división Cugia no ha tomado ni ha podido tomar parte activa en la batalla: es positivo.

—¡Positivo!— exclama mi madre moviendo la cabeza y pasándose la mano por los ojos que humedecían el llanto.

—¡Qué duda tiene! ¡Es evidente! ¿De qué sirve que yo lo diga? Bien claro lo expresa el plano. Fíjese usted, sino. Ó la división Cugia ha pasado por tal, tal y tal (y hablando

así se apretaba y sacudía, uno después de otro, los dedos de la mano izquierda entre el índice y el pulgar de la derecha), y en este caso es imposible que haya podido llegar en el momento oportuno... Ó ha pasado por este otro camino, y entonces no puede admitirse que haya llégado á tiempo... Ó, finalmente, y es esta la última suposición que puede hacerse, ha pasado detrás de la división que tenía á la izquierda; y si esto es cierto, no cabe dudar, y es claro, terminante é indiscutible, que ésta ha sido positivamente empujada fuera del campo de batalla. ¿No le parece á usted, ingeniero?

El pobre anciano, que nada había visto ni comprendido, contestaba:

—¿Qué duda tiene?

Mi madre seguía contemplando el plano topográfico, revolviéndolo por todos lados, recorriendo con el dedo todos los caminos, alzando los ojos cual si quisiera recoger el pensamiento, y luego, de pronto, con voz que embargaba el llanto, decía:

—¡Oh, sí, sí, no ha llegado á tiempo! ¿Quién lo dice? ¿Quién puede saberlo? ¿El plano? ¿Qué prueba el plano? Por sí sólo nada dice. Y entretanto han transcurrido tres días y nada me ha escrito; y si no hubiese ocurrido cosa alguna, me habría dicho algo, y esto significa que la división ha llegado á tiempo, y que él se ha hallado... y que... ¡Hijo de mi vida! ¡Pobre Alberto! ¡Pobre Alberto!

Y pasándose las manos por la frente, prorrumpía en amargo llanto.

—¡Cálmese usted, señora!—exclamaban al par sus acompañantes.— ¡Cálmese usted por caridad! Tranquilícese: no habrá sucedido nada, no puede haber sucedido nada. ¡Créalo usted! Su amor de madre...

—¡Dios mío!—decía mi madre con acongojado acento de desesperación.— ¡Dios mío! ¡Mi amor de madre! ¡Pero si no ha escrito! Y entretanto, dos amigas mías, que tienen hijos,

oficiales en el ejército, ya han tenido noticias. ¡Y yo nada!
¡Ni una palabra! ¡Herminia!

Mi hermana iba corriendo.

—¿Qué hay?

—¡Alberto! ¡Alberto!

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—¡Una desgracia! ¡El corazón me lo dice! ¡Yo moriré!
¡Pronto, un telegrama al coronel, que pregunte, que se entere, que pueda decirme algo capaz de calmar esta angustia que me asesina!...

Se oye un campanillazo. — Silencio. — Aparece la criada.

—Señora, una carta.

Mi madre se arroja sobre ella, le arrebató la carta, la mira, lanza un grito, la vuelve á mirar, la estrecha convulsivamente contra su corazón, alienta, sonrío, levanta los ojos al cielo, y exclama:—¡Gracias! ¡Gracias!—y besa y vuelve á besar el papel, y estrecha contra su seno la cabeza de su hija, y con voz sumisa murmura:—¡Alberto!—y se deja caer sobre la silla.

Los dos amigos le sostienen la frente, y pretenden quitarle la carta, pero inútilmente: sus dedos son tenazas.

Véanse algunos fragmentos de la carta:

«Cerlungo, 25 de Junio.

»...Te he referido cuanto he visto, que no es mucho; pero la verdad es que no sé darme razón de ciertas lagunas que existen en mi memoria, que si no recordara otras muchas cosas, me harían sospechar que hubiese perdido la retentiva: tan extrañas son é increíbles. He olvidado completamente el punto en que se ha detenido mi batallón la vez primera, y en cambio me acuerdo perfectamente de un soldado de otro regimiento al cual detuve mientras venía corriendo y le pregunté:—¿De dónde vienes?—é indicándome una casita que se distinguía en la cumbre de una colina, me contestó.—*Hemos*

hecho una verdadera ensalada, — con lo cual quería expresar haber hecho un verdadero destrozo de austriacos, y era la pura verdad. Me acuerdo de otro, á quien alcanzó un balazo en el dedo en el instante en que se bajaba para tocar un muerto; lanzó un grito, miró sorprendido en derredor, poniéndose la mano en la espalda, y murmuró tristemente:—*Mi fa male!*—Me acuerdo de la arenga que ha dirigido nuestro comandante al batallón, pocos momentos antes de ponernos en movimiento, arenga verdaderamente singular por su laconismo y sencillez.— ¡Soldados,— dijo tranquilamente, sin volver siquiera el caballo hacia nosotros, — mucho me temo que hoy nada tendremos que hacer; pero llegado el caso... ¡qué demonio!... quiero creer que somos italianos!— Ni más, ni menos. Pocos momentos antes, ofreciendo su frasco lleno de ron á un pequeño grupo de oficiales, que á su parecer no tenían nada de alegres, les había dicho sonriendo:— ¡Tomen ustedes! Reanimen los espíritus abatidos.

»He adquirido el más profundo convencimiento de que el verdadero valor proviene del corazón y de la cultura del espíritu, y de que no tanto consiste en no tener miedo, como en la manera de proceder y de obrar, aun teniéndolo, como si en realidad no se tuviese, lo cual es efecto de la reflexión, ó, para hablar más propiamente, de una porción de razones, de recuerdos, de imágenes, de ejemplos, que en aquellos instantes cruzan la mente con rapidez fulmínea, y parece como que digan:— Firmes. — Y pasan también estrofas enteras de himnos patrióticos; y me pasó y volvió á pasar ante los ojos tu imagen con el brazo extendido y tembloroso, y los ojos llenos de lágrimas, mirando los míos; y los labios contraídos por los sollozos; pero que aun así con voz clara y decidida me decían:— ¡Cumple con tu deber!— ¡Cuán cerca estaba de tí, madre del alma, en aquellos instantes supremos!

»... ¡No querrás creerlo! los muertos no producen la